



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 3 DE NOVIEMBRE DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

El rinoceronte enjaulado

UNA PIEDRA RODANTE
NO RECOGE MUSGO
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

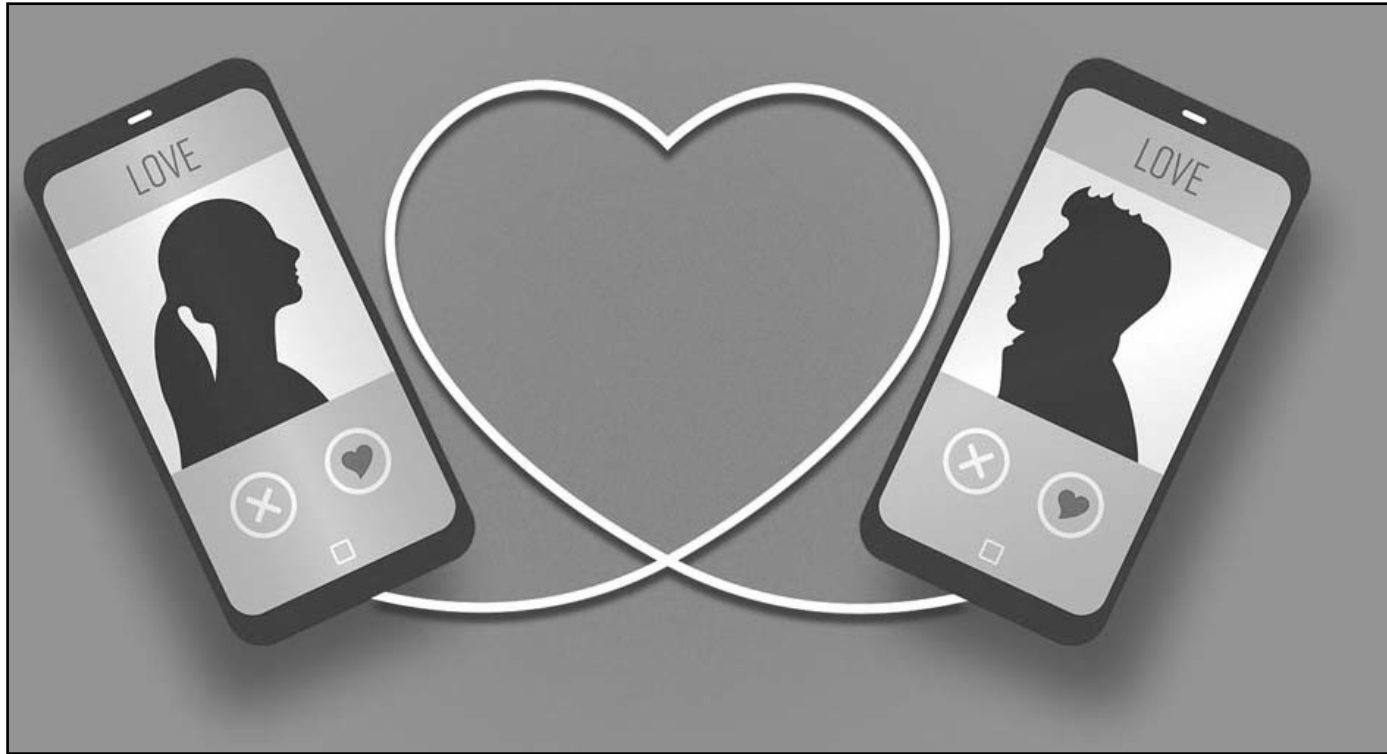
Siempre era un ir y venir, para volver a partir y volver a llegar, y entonces partir nuevamente: historia sin fin. Jaime llegaba al nuevo departamento, se instalaba, vivía como soltero algunos meses, conseguía una novia y con ella, adquiría nuevas amistades. Llegaba el enamoramiento, los meses de mariposas en el estómago, los nuevos planes... hasta que de pronto había que deshacerse de todo lo construido, porque llegaba el anuncio de su partida, las lágrimas inconsolables, las despedidas sin fin y los recuerdos guardados en fotografías, boletos de entrada al cine, tiquetes de cuentas en cafés, etiquetas de botellas de vino. Un sinnúmero de souvenirs que Jaime guardaba en una caja. No echaba raíces en ningún lado, ni gastaba el tiempo suficiente para cosechar enemistades. Era una piedra rodante que no recogía musgo.

Hasta que un día se cansó. Cumplió cuarenta años y decidió dejar ese trabajo que no le permitía residir durante largo tiempo en ningún lado. Fue y se metió a una Iglesia a rezar. A los dos meses llegó una invitación al nuevo empleo en su ciudad natal. La aceptó. Comenzó a contactar a sus amigos de infancia, a los de adolescencia, a sus antiguos compañeros de universidad y se encontró con la realidad: casi ninguno estaba disponible. Vivían absorbidos por los trabajos y sus familias. Algunos tenían, ya, hijos adolescentes. Estaban hechos para rutinas de las que nunca salían. Pasó un año buscando encontrarse con los viejos conocidos y fracasó rotundamente. Ni una sola reunión pudo concretarse.

Decidió buscar aplicaciones de citas de celular: las que prometían al interesado encontrar una pareja de élite, las que permitían cenar con desconocidos nuevos cada dos semanas, las de anuncios con modelos bellísimas que nunca le decían que sí a sus propuestas de encuentro y finalmente, una que conectaba con extranjeros viviendo en la ciudad natal: citas para las que debía hablar inglés si deseaba tener encuentros satisfactorios con gente nueva.

Muy pronto descubrió que siempre eran los mismos solitarios los que asistían a las reuniones. ¿Había alguna razón por la cual eran siempre las mismas personas las que estaban disponibles para los encuentros, (extranjeros que eran eternos solitarios en la ciudad natal de Jaime)? Todo parecía indicar que sí. Formaron un grupo de amigos constante, uno que cada fin de semana se juntaba: algunas veces para desayunar, otras para comer o a veces para ir a tomar un trago a un bar. Pero siempre eran las mismas almas solitarias incapaces de hacer amistades fuera de ese grupo.

Solteros, sin hijos, ni divorcios, pero que soñaban un día encontrar a su alma gemela, a la media naranja. No tenían con quién reportarse, a quién enviarle un mensaje diciendo: "ya voy para allá, no tardo", o cuando se alistaban para salir,



un: "apúrate porque vamos a llegar tarde", o un: "ahorita vengo, voy a la tienda", o alguna excusa para decirle a los amigos: "este fin de semana no iré a la reunión porque voy con mi esposa a una cena familiar". Estaban solos, los solitarios.

Y un día, acordaron reunirse en un restaurante italiano. ¿Pasta?, se preguntó Jaime. De ningún modo. Asistió y ordenó carpaccio de res. La chica nueva que se encontraba ahí, esa noche, ordenó carpaccio de salmón. A Jaime le llamó la atención. Había algo atractivo en ella. Era una educadora que trabajaba en labores administrativas, en línea, para una universidad española, del otro lado del Atlántico. Les recordaba a los padres de familia de los pagos mensuales de colegiatura. Pero acá, en México, se estaba entrenando para ser comediante de stand up. Justo preparaba una intervención de cinco minutos para un bar con micrófono abierto.

Jaime ordenó agua mineral. Ella también. ¿Coincidencia? "Me gustaría encontrar la gloria", dijo Jaime en una de sus intervenciones, a propósito de objetivos de vida. "A mí también", replicó ella. Entonces, alguien más dijo: "A mí me gustaría morir trabajando", a lo que Jaime respondió: "A mí me gustaría bajar toda la vida, pero nunca morir". "A mí también", dijo ella.

Para Jaime, eran muchas las coincidencias. Cuando estuvo cansado de la plática, ordenó su cuenta. El mesero trajo el total para el grupo. Hicieron cálculos. Cuando vio que ella se levantó de su lugar para despedirse, Jaime también se levantó de su asiento y se le acercó para decirle: "Me gustaría invitarte a tomar un café o un té". Ella, nerviosa, dijo que estaba bien y le pidió su teléfono. Ella le enviaría un mensaje. Jaime tenía la coronada de que eso no ocurriría. Y efectivamente, se quedó esperando. Ella nunca más volvió a asistir a una de esas reuniones. "En fin", dijo Jaime, "no soy más que una simple piedra rodante".

HISTORIAS SIN PARANGÓN
OLGA DE LEÓN G.

Llegado el momento, volvería a su vida anterior. Lo sabía, aunque no entendía por qué tenía que ser así; su vida anterior no era lo que ella más amaba o deseaba conservar, sino solo a su familia, ellos eran quienes le importaban y por quienes trabajaba: su madre, su esposo y sus dos hijos.

Luisa viajaba desde niña con su familia de origen. El trabajo de su padre lo llevaba a asentarse en diferentes ciudades por un tiempo más o menos largo, pero nunca tanto que pudieran echar raíces en él y quedarse por lo menos cinco o más años. Cierta día, cuando Luisa contaba ya con veinte años y dentro de dos años terminaría su carrera universitaria, su padre convocó a la madre y el único hermano de Luisa, dos años menor que ella, pero ya mayor de edad, para explicarles la nueva situación.

Lo habían ascendido en su trabajo y ahora, por lo menos durante siete años, no tendrían que moverse de la ciudad en la que vivían. Esa noticia hizo feliz a Luisa, tanto como a su madre; a su hermano no le importaba estar cambiándose de ciudad, estado o incluso de país, como a veces sucedía, así que le dio igual saber tal cosa.

Raúl era apático a casi todo, tal vez, también a su familia. Quizás desarrolló ese sentimiento como una autodefensa ante lo desconocido que le era, sin embargo, más familiar que cualquier otra cosa: "hoy aquí; mañana en otra parte", solía repetirse con cierta frecuencia, cuando su madre le avisaba que reuniera todo lo que quisiera llevarse y dejara lo que ya no le interesara conservar.

A los veinte años, los que ahora tenía el joven, y veintidós Luisa, el amor o el enamoramiento había tocado sus tiernos corazones y, sin embargo, tenían que romper la relación con sus parejas diciéndoles, compasivamente, que un día volverían a buscarlos, a sabiendas de que

eso nunca sucedería.

Veintitrés años más tarde -hasta entonces-, Luisa hizo un alto en su vida:

Su padre había fallecido recientemente. Nunca les dijo la verdadera razón de sus mudanzas, ni de sus ausencias por tres o cuatro días del hogar, durante los primeros días de cada nuevo mes, y regresaba, con el cansancio claramente reflejado en su rostro, y una mirada de desolación en sus ojos. La hija lo intuía y creía saberlo con cierta seguridad, porque había estudiado psicología y habiendo cursado una maestría en "Comportamiento humano ante situaciones extremas o no deseables", entendía que algo le pasaba a su padre, de lo que él no hablaba.

Luisa se detuvo a pensar en lo siguiente: ¿a qué le gustaría dedicarse el resto de sus días, después de haber seguido -por años- los pasos de su padre?; tuviese o no trabajo en otra parte, ella se mudaba frecuentemente. Pero, a diferencia de él, ella no se llevaba consigo a su familia. La dejaba en casa, al cuidado de su madre y el esposo y padre de sus hijos, junto con la gente especializada en atender a menores, y la culturización en casa.

Todos sabían en qué trabajaba, entonces. Era una importante investigadora internacional del comportamiento de los seres humanos bajo circunstancias especiales... eso era lo que ella decía y nadie dudaba de su palabra. Siempre fue una persona confiable.

Y, finalmente, un día creyó que era tiempo de regresar a su vida anterior, su vida de mudanzas, zozobras, prisas y cansancio... Esa era su vida anterior. ¿Por qué querría regresar a eso, si ya estaba adaptada a una vida más tranquila? Porque era lo que siempre conoció, como vivió desde niña, aunque no la deseaba para su propia familia, fue lo que les dejó de herencia: una vida singular y única; llena de misterios y silencios; como la de su padre. Así es la vida: un sin número de ir y venir, para acabar siempre en el punto inicial.



André Malraux

(París, 1901 - Créteil, 1976) Narrador y ensayista francés, además de historiador y hombre de Estado, que encarnó el prototipo del escritor comprometido. Hijo único de padres separados, pasó su infancia en los suburbios de París. A los diecisiete años abandonó los estudios secundarios, pero pronto adquirió una vasta cultura autodidacta y se integró en los medios literarios y artísticos parisinos.

Participó en las tendencias de vanguardia de la inmediata posguerra, en especial en el cubismo de Picasso y Braque. Colaboró en Action, revista de este movimiento, y en 1921 fue contratado como editor de la Galería de Arte Simon; allí apareció su primer trabajo, Lunes en papel, ilustrado por Fernand Léger y dedicado a Max Jacob. En 1922 comenzó su colaboración en la Nouvelle Revue Française. Viajó por Europa y visitó numerosos museos.

Su pasión por el arte jemer lo llevó a emprender, a finales de 1923, una expedición arqueológica a la selva camboyana. Allí descubrió, en un templo abandonado, bajorrelieves que extrajo con la intención de venderlos en Europa. La aventura le costó la cárcel, pero finalmente fue absuelto. Regresó a Francia pero volvió pronto a Saigón (en enero de 1925) para fundar un periódico: L'Indochine, que desapareció al año siguiente a instancias de las autoridades coloniales.

La doble experiencia de la sociedad colonial y del periodismo de opinión desempeñó un papel decisivo en la vida de Malraux: paralelamente a su descubrimiento de Oriente, tomó conciencia de las realidades políticas y sociales y adquirió una reputación de escritor comprometido que orientó su vida y su obra.

A su regreso a Francia, publicó La tentación de Occidente (1926), un "ensayo-novela" que confrontaba un Oriente de sabiduría y un Occidente en crisis. A esta obra le siguieron tres novelas, igualmente inspiradas por sus contactos con Asia, en las que abordó los grandes problemas éticos del siglo XX: Los conquistadores (1928), La vía real (1930) y La condición humana (1933); esta última se convertiría en su libro más célebre.

Con la llegada al poder de Adolf Hitler, se hizo "compañero de ruta" del partido comunista. El tiempo del desprecio (1935), dedicado a las víctimas del nazismo, abrió un nuevo ciclo novelesco, ligado a la lucha contra los fascismos. Participó en la Guerra Civil española junto a los republicanos e intervino en combates aéreos con las brigadas internacionales. Fruto de esa experiencia fue la novela épica La Esperanza (1937), de la que al año siguiente hizo una adaptación cinematográfica.

En 1939 abandonó el partido comunista, y poco después fue movilizado como voluntario en Francia. Capturado y luego liberado, rehusó comprometerse contra la ocupación por su desconfianza en la influencia de los comunistas dentro del movimiento de la Resistencia, y se consagró a la escritura. Incorporado finalmente a la Resistencia en la primavera de 1944, fue detenido por la Gestapo en julio, pero un mes después fue liberado gracias a la precipitada retirada de los alemanes, preludio de la inminente victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial.

Al año siguiente tuvo un encuentro con Charles de Gaulle, de cuyo gobierno provisional (1945-1946) fue ministro de Información y al que benefició con su talento de orador, denunciando públicamente la influencia del comunismo y la propaganda estalinista en el Epílogo a Los conquistadores (1948). En 1951 publicó Las voces del silencio, el más importante de sus escritos sobre arte, donde defendió la libertad del artista contra los determinismos, tanto del marxismo como del psicoanálisis.

ad pédem literae

No tarda nueve meses sino sesenta años en formarse un hombre

André Malraux

Letras de buen humor

El método más seguro de permanecer pobre es, sin duda, ser una persona franca.

Napoleón I

Mónica Lavín

Altar de muertos para escritores

Hoy que es 2 de noviembre escribo mi altar de muertos para los escritores. Un altar de muertos se pone, se instala, es una ofrenda que honra la memoria de los que ya no están: una tradición bellísima de nuestros ancestros que le hemos dado al mundo. Quizás es la feliz confluencia de la vida cotidiana, el hueco, y el hecho de recordarlos lo que hace del altar un traerlos a la vida.

Si yo tuviera que instalarlo me vería en problemas, porque hay demasiados muertos si no es que casi todos los que he leído a lo largo del tiempo. Y poco se sabe de sus gustos de comida y bebida. Tengo muy claro que a Isac Dinesen le gustaban las ostras y el champán.

Poco prudente sería colocar las primeras que se echarían a perder y un gran desperdicio lo segundo al menos que me lo bebiera honrando sus Memorias de África. Nos hace falta conocer los gustos de mesa de los escritores que hemos admirado, más cercano nos resultan los de sus personajes, no se nos olvida que Pereira el de Tabucchi comía omelets y bebía limonadas en La Orquídea ni que Cervantes gustaba de la olla de quebrantos. Y bien pensado toda biblioteca es en gran medida un altar de muertos a quien se honra conservándolos y leyéndolos.

De niña no podía pensar en ser escritora porque creía que todos los escritores estaban muertos. Elena Fortún la de Celia estaba muerta, Daniel Defoe el de Robinson Crusoe estaba muerto, Luisa

May Alcott, como su personaje Beth, estaba muerta y Julio Verne había hecho el viaje al centro de la Tierra. ¿Qué habrá pensado? ¿Que hubo una era de Escritores como la de los dinosaurios y que después se extinguieron y sólo leíamos las luces de lo que habían sido como las que veíamos en el cielo de estrellas muertas? (aunque eso de las estrellas y la luz que viaja años luz no era algo que supiera de niña).

En la prepa todo cambió. Arreola fue a nuestra escuela a dar una charla, en la Zona Rosa uno se podía tropezar con Carlos Fuentes y Octavio Paz. García Márquez, Neruda, Vargas Llosa y Cortázar salían en la tele. Estaban vivos. La primera gran muerte del mundo de los escritores de la que tuve conciencia fue la de Rosario Castellanos.

Trágica, inesperada, estaba en los periódicos, mis padres hablaban de ella. Aún no leía Balún Canan. Quizás esa muerte me confirmó cómo se podía pasar uno de un reino a otro. Si uno acomodara los libros en función de los vivos y los muertos cada tanto habría que mudar algunos. El acomodo tendría algo de lúgubre, pero quizás uno se podría parar frente a los ausentes y guardar esos minutos de silencio agradeciendo que, a pesar de no estar, están; que los libros son un permanente recordatorio.

Se me han muerto amigos escritores con los que me ha tocado convivir el pedazo del siglo XX y el que va de este, con ellos revivo ese tránsito de lo que



siendo mortales hemos querido revertir apostando a las letras. Me referiré a aquellos con los que compartí la conversación. Los aquí nombrados fueron atentos y generosos conmigo: Paco Ignacio Taibo (el Gato Culto). Gerardo de la Torre, Rafael Ramírez Heredia, Rene Avilés, Marco Aurelio Carballo, Emanuel Carballo, Vicente Leñero, José Agustín, María Luisa Puga, Guillermo Samperio, y más cercanos en nacimiento a mí, Alvaro Quijano, Eusebio Ruvalcaba, Daniel Leyva, Ramón Cordoba, Xhevdet Bajraj, Mauricio Molina, Armando Vega Gil, Ignacio Padilla, David Huerta, Héctor Carreto,

entre las mujeres; Una Pérez Ruíz, Rocio González, Francesca Gargallo. Hay una muerte doble en su ausencia, no habrá escritura nueva.

A veces paso las manos por las dedicatorias más frescas como las del poeta Carreto cuya muerte este año nos hirió como colegas en la universidad donde trabajábamos y en el afecto como amigos. Los libros que llegan a mis manos me confirman la voluntad de estar en esta vida escribiendo y mi deseo de leerlos para poder conversar antes de que todos formemos parte del gran altar de biblioteca y seamos una ficha con dos fechas en un diccionario... Si acaso.